

A man and a woman in formal attire are shown in a close embrace. The woman is wearing a white button-down shirt over a black top and a black skirt. The man is wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark tie. They are looking at each other with a romantic expression. The background is dark and out of focus.

La jefa

D.J.57

LA FIESTA DE SAN VALENTÍN 2

NINA KLEIN

LA JEFA

LA FIESTA DE SAN VALENTÍN - PARTE 2

NINA KLEIN

© 2019, Nina Klein
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Aviso importante

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

AVISO IMPORTANTE

Esta historia corta es la segunda parte de la trilogía “La Fiesta de San Valentín”. Puedes leer la primera parte aquí: [Romance en la Oficina: La Fiesta de San Valentín - Parte 1](#)

* * *

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años ;)

UNO

Si el infierno existía, estaba segura de que era una fiesta de oficina continua.

Pegué un trago de mi vaso de plástico e hice una mueca.

No sé quién me había dicho que el vino era bueno. Era mentira. Totalmente falso.

Era un vino barato y horrible: rosado, pero sin burbujas... *puaj*.

Aunque no parecía importarle a nadie, la verdad: la gente se estaba emborrachando con una alegría increíble.

Acababa de intentar salvar a Maya de meter la pata con el jefe, Bruce Holland. No lo había conseguido. Tampoco parecía que fuese a haber consecuencias; estaban hablando tan tranquilamente, como si se conociesen de toda la vida... con la fama de arisco que tenía Mr. Holland, la verdad, no me lo esperaba.

Ya le sonsacaría los detalles a Maya el lunes, a la hora del café.

Miré la pantalla de mi móvil. Por dios, solo eran las siete... se me estaba haciendo la tarde infinita.

Estaba sentada en una mesa, el pene hinchable gigante que me habían regalado por el amigo invisible a mi lado, contando los minutos para desaparecer de aquella fiesta.

Una fiesta de la oficina por San Valentín. No sé a quién se le había ocurrido la idea, pero era un genio. No podía haber nada más triste.

La fiesta estaba empezando a ser más que patética. No es que fuese una maravilla para empezar, pero el alcohol estaba haciendo estragos. Había llegado el momento de levar anclas. No había tenido más remedio que hacer acto de presencia, por ser una de las jefas, pero un baño con burbujas me esperaba en casa, junto con una novela de misterio, las dos cosas juntas infinitamente más interesantes que aquello, fuese lo que fuese.

Me daba igual que fuese el día de los enamorados, no tenía ningún tipo de trauma por no tener planes esa noche. No estaba desesperada ni por una relación, ni por una cita.

Ya estaba bastante escaldada, con 36 años y un divorcio a mis espaldas después de cuatro años de matrimonio.

Menos mal que por lo menos no había añadido críos a aquel desastre.

Estaba muy bien sola, muchas gracias.

Ahora, una mini aventura, o un revolcón sin consecuencias... a eso no diría que no, la verdad. Empezaba a pensar que me había vuelto a crecer la virginidad.

Lo que pasa es que no era tan fácil. No me veía yendo a un bar sola a pescar tipos, si tenía que ser sincera, y Tinder —por las historias que había oído— era un nido de zumbados.

Miré a mi alrededor y me desanimé. El panorama era desalentador. Evidentemente, allí tampoco iba a encontrar nada potable. No podía ni pensar en iniciar nada con ninguno de los hombres que pululaban por la oficina. Por una parte era una idea malísima, *donde tengas la olla, etc*, pero en versión femenina. Ya era suficientemente difícil ser una jefa mujer, con los rumores de siempre diciendo que estaba allí por chupar pollas —ya ves, como si no tuviese más experiencia que nadie y mi departamento no fuese el más productivo— como para encima liarme con alguien de la oficina y dar más alas a los rumores.

Por otra parte... suspiré y di un trago a mi vaso de vino, mientras paseaba de nuevo la mirada por la gente. Los tipos de mi edad o bien estaban casados —no felizmente: aquellos no estaban en aquella fiesta patética, estaban celebrando San Valentín con sus mujeres —la alianza de matrimonio convenientemente guardada en el bolsillo del pantalón, como si no nos conociéramos todos; o estaban recién divorciados, persiguiendo a veinteañeras, intentando recuperar el tiempo perdido. La juventud perdida, más bien.

Dios, qué aburrimiento.

—¿No bailas? —preguntó una voz grave a mi lado.

Observé el triste intento de formar una pista de baile que habían hecho, apartando un par de escritorios. Tim y otro tipo estaban en el medio, y parecía que les estaba dando una descarga eléctrica.

Supuse que aquello era bailar. O pretendía serlo.

Aún así, me giré para responder a la voz, que pertenecía a mi secretario, o *ayudante*, mejor, como le gustaba llamarse a sí mismo.

—¿Tengo pinta de bailar... —dije, mientras señalaba con la cabeza hacia la pista— *eso?*

Matthew soltó una carcajada.

Sonreí a mi pesar. Era una prueba de lo joven que era, lo fácil que se reía por cualquier cosa, a carcajadas.

Así era como se reía uno cuando uno era joven y libre, cuando la vida todavía no te había dado con una barra de hierro en las rodillas suficientes veces.

—¿Qué haces aquí, Matthew? No me digas que no tienes planes mejores.

Me miró por encima del borde del vaso mientras bebía. Cuando terminó de beber me contestó.

—¿Y perderme esta maravillosa fiesta? —dijo, señalando a la gente que bailaba en el centro de la oficina—, debes estar de broma...

Sonreí, sin poder evitarlo.

Sí.

Era la fiesta más patética del mundo.

—¿Has mandado los emails con la propuesta de presupuesto de esta mañana? —le pregunté. Era un poco cortar el rollo, pero tenía que asegurarme.

—¿No paras nunca? Es viernes por la noche.

Levanté las cejas.

—¿Y?

Suspiró.

—Claro que los he mandado, jefa. Estaba en la agenda, ¿no? Si está en la agenda, está hecho.

No pude evitar una sonrisa de satisfacción. Tenía el secretario más eficiente de todo mi departamento. Había gente intentando robármelo constantemente, pero no lo iba a permitir. Lo había entrenado yo, era eficiente y era *mío*.

Intenté no fijarme mucho (demasiado) en él, ya me sentía suficientemente pervertida en el día a día cuando le observaba sin que se diese cuenta. Pero no hacía falta fijarse mucho para tomar nota de sus pantalones de traje negros, la camisa blanca sin corbata con el primer botón desabrochado, las mangas recogidas hasta el codo que dejaban ver los antebrazos musculosos...

Mmmm.

Supuse que habría dejado la chaqueta apoyada en algún lado y que en algún momento de la tarde se había quitado la corbata.

Tampoco tenía que escrutarle para saber que tenía el pelo moreno, un poco largo, como si se hubiese saltado ir a la peluquería los últimos dos meses, lo justo como para agarrarlo con las manos mientras una hacía otras cosas, y los ojos color verde en los que una podía perderse si su dueño te miraba demasiado cerca. Los ojos que me hacían desear con una fuerza inusitada tener diez años menos. Y no ser su jefa, por supuesto.

—¿Y has mandado la propuesta a los de Laverty Holdings? —pregunté, porque me molestaba que fuese tan atractivo y no poder hacer nada.

Así que empecé a hablar de trabajo, que era la solución para todo. Se le pasaban a una las ganas de divertirse, de ojear subordinados y prácticamente de vivir.

—¿Qué propuesta? —dijo, medio alarmado—. No.

Me giré hacia él.

—Tiene que llegar para el lunes, Matthew.

—No me la has enviado, Fiona —me respondió, en el mismo tono de reprimenda que yo acababa de utilizar.

—Te la he enviado. Esta mañana.

—No.

—Sí.

Entrecerramos los ojos a la vez, mirándonos.

—Solo hay una forma de saberlo —dijo por fin.

Efectivamente, estaba pensando lo mismo que yo.

Nos levantamos a la vez de la mesa en la que estábamos sentados y salimos hacia mi despacho.

DOS

—¿Qué te apuestas a que no me lo has mandado? —preguntó Matthew mientras avanzábamos por el pasillo, delante de otras puertas cerradas, hacia mi despacho.

Iba detrás de mí, y cuando volví la cabeza subió la mirada.

¿Me estaba mirando el culo?

—Lo que quieras, porque te lo he mandado —dije, con confianza—. Así que, amigo mío, vas a morder el polvo— le lancé una sonrisa maléfica por encima de mi hombro.

Le vi sonreír antes de darme la vuelta y seguir mi camino.

No estaba preocupada; la propuesta tenía que llegar a su destinatario para el lunes a primera hora, así que aunque se le hubiese olvidado enviar el correo, podíamos mandarlo en ese momento. Tampoco era una drama, Matthew era muy buen empleado y no solía tener esa clase de descuidos.

Pero yo tenía razón, e iba a demostrárselo.

Llegamos por fin hasta la puerta de mi despacho, saqué la llave de mi bolso y entramos. En vez de la luz fluorescente del techo —cómo la odiaba— encendí la de la lámpara de mi escritorio.

Me metí detrás de la mesa y encendí el ordenador.

—No, en serio —dijo Matthew, sonriendo con un lado de la boca, las manos en los bolsillos del pantalón, adorable al otro lado del escritorio—.

¿Qué te apuestas?

Le miré, ladeando la cabeza.

—¿Tan seguro estás de que vas a ganar?

—Por supuesto.

Empecé a dudar de mí misma. ¿Y si se me había pasado...?

No me gustaba un pelo la sonrisa de confianza que tenía bailando en la boca.

—No te voy a subir el sueldo —le dije, mirándole fijamente.

Juraría que bajó los ojos hacia el escote que mi blusa dejaba al descubierto, pero con tan poca luz no podía estar segura.

El monitor del ordenador mostró la pantalla para meter la contraseña y empecé a teclear.

—No estaba pensando en eso, precisamente —le oí murmurar, como para sí mismo.

No le hice mucho caso porque el ordenador estaba arrancando. Abrí la aplicación de correo. Busqué por fecha, de esa mañana.

El email no estaba en “Enviados”.

Intenté que mi cara no traicionase lo que estaba viendo en la pantalla.

Lo encontré en la carpeta de borradores.

Había escrito el email con las instrucciones para Matthew pero no lo había enviado. Me habría distraído con algo.

¡Qué rabia!

—¿Qué, tenía razón, verdad? —dijo de repente, y me sobresalté sin querer.

Se había movido a mi lado, detrás del escritorio.

—¿Qué haces aquí? —dije, girando la cabeza para mirarle.

Me miró desde su altura, las manos todavía en los bolsillos, la media sonrisa en la cara.

—No me fiaba. Quería ver la pantalla, por si acaso.

Estaba a medio centímetro de mí. Bueno, igual estaba exagerando. Pero estaba muy cerca.

—He ganado —esta vez no me lo estaba imaginando, me estaba mirando el escote—. Estoy pensando cuál podría ser mi recompensa...

Sentí un escalofrío —bueno— correr por mi espalda.

—No nos habíamos apostado nada —dije, intentando mantener la compostura y que mi imaginación no corriese desbocada. Igual estaba malinterpretando la situación. Pensando lo que no era. Estaba bastante necesitada últimamente; eso me podía llevar a error.

—Pero algo me deberás, ¿no?

Cerré el ordenador, que se apagó en la décima parte del tiempo que había tardado en encenderse.

Cogí el móvil de encima de la mesa para mirar la hora.

—Matthew...

Me volví hacia él, y estaba todavía más cerca. ¿Cómo era posible?

—Aunque sea una disculpa...

No se me daba muy bien disculparme, si tenía que ser sincera. Me mordí el labio inferior, y Matthew desvió la mirada hacia mi boca.

Estaba tan cerca que al levantar el móvil me choqué con él y se me cayó el móvil al suelo. Menos mal que el despacho tenía moqueta, así que botó un par de veces y se metió debajo de mi mesa.

Me agaché a cogerlo a la vez que Matthew. No nos dimos un cabezazo de milagro.

Estaba debajo de mi escritorio, donde acabé a gatas, Matthew a mi lado, los dos alargando la mano a la vez para coger el móvil, cuando oímos la puerta del despacho abrirse.

Uh-oh.

TRES

Matthew había cerrado la puerta del despacho cuando habíamos entrado, pero, evidentemente, no con llave. Ya era bastante sospechoso que estuviésemos allí a aquellas horas como para encima encerrarnos con llave.

Por otra parte, mi mesa de despacho, además de enorme, no estaba abierta por delante. Tenía un panel de madera en el frontal. O sea, alguien al otro lado no podía vernos. Había elegido la mesa así a propósito porque estaba harta de que todo el mundo que entraba a mi despacho me mirara primero las piernas, luego a la cara. Además, me gustaba quitarme los tacones cuando estaba detrás del escritorio, sin necesidad de que cada persona que entrase a mi despacho tuviese que verme descalza.

Esto quería decir que estábamos en una posición... delicada, por así decirlo.

Matthew me miró, a un centímetro de mi cara.

Yo le miré de vuelta, con la misma expresión de horror.

¿Y ahora qué?

Entonces oímos una risita.

—NOS VAN A PILLAR... —dijo la dueña de la risita, una chica joven que debía tener veintipocos años y cuya voz no identifiqué.

No por dios, *no*.

La risita y la voz habían sonado en la dirección de la puerta, pero por los sonidos debía haber otra persona con ella.

Y, por los sonidos también, ahora debían estar besándose.

Oímos un ruido y miramos hacia arriba, al “techo” del escritorio.

Alguien se había sentado encima.

Empecé a ponerme roja de furia. A ver, tenía el escritorio libre de papeles

porque era un poco obsesa del orden y todos los viernes dejaba todo recogido, pero seguía siendo mi escritorio.

Mi calendario, mi bote de bolis.

¡Y mi despacho!

Mi despacho no era un picadero.

Estuve a punto de levantarme para cantarle las cuarenta a quien quiera que estuviese encima de mi escritorio, cuando Matthew me agarró del brazo y meneó la cabeza a uno y otro lado. Luego hizo gestos, señalando entre nosotros.

Tenía razón. ¿Cómo íbamos a explicar la situación? ¿Lo que estábamos haciendo los dos allí, metidos debajo de la mesa?

Crucé los brazos e intenté aplacar mi furia.

Mientras, encima de nuestras cabezas, seguía el besuqueteo y empezaban a escucharse respiraciones fuertes.

Bueno, la cosa ya no podía empeorar.

Entonces una voz masculina dijo:

—No te preocupes, aquí no va a entrar nadie, no nos va a ver nadie...

Vale, perfecto.

La cosa sí que podía empeorar.

Porque la voz masculina pertenecía a Tim la Comadreja.

Joder, qué puta mala suerte.

* * *

MATTHEW HIZO una mueca de disgusto, igual o parecida a la que tenía yo en la cara en ese momento, así que supuse que no estaba sola en mi desprecio de Tim la Comadreja.

Más besuqueteo y ruidos.

Hice un gesto de meterme los dedos en la boca para vomitar, y Matthew sonrió. Luego empezó a moverse para intentar acomodar sus piernas debajo del escritorio.

Estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda encorvada porque ni siquiera había sentado debajo de mi escritorio. Yo estaba incómoda, pero Matthew tenía que estar pasándolo fatal.

Le vi sacar el teléfono móvil del bolsillo y de repente cogí el mío y lo puse en silencio. No podía arriesgarme a que empezase a sonar o a hacer ruidos si me llegaba algún mensaje.

“¿Qué hacemos?”, vocalicé en la dirección de Matthew.

Se encogió de hombros.

“Esperar”, dijo sin sonido, moviendo los labios.

Estupendo.

—Tim, no estoy segura de esto... y si entra alguien? —dijo la voz de la chica joven—. ¿De quién es este despacho?

—De Fiona la frígida.

Ahora el que tenía cara de furia era Matthew. Meneé la cabeza a uno y otro lado para que supiese que no me importaba. Ser insultada por Tim era como un piropo de cualquier otra persona.

Lo único que los rumores tendrían que empezar a seguir una lógica... o era frígida o había llegado hasta allí practicando sexo oral. No podía ser las dos cosas a la vez. La trepa de Schrödinger.

Los gemidos se intensificaron y de repente oímos el ruido de una cremallera al abrirse.

Oh dios no, *nonononono*.

Tendría que pedir que me cambiaran de despacho. El lunes mismo.

La desesperación tenía que estar pintada en mi cara, porque Matthew me dijo (enunciando las palabras, vocalizando sin emitir sonidos, como habíamos hecho antes), “voy a probar una cosa”.

Se puso a maniobrar con el móvil, todo concentrado. No sé qué estaba haciendo, pero no era el mejor momento para ponerse a navegar por internet, mirar Instagram o lo que sea que estuviese haciendo, la verdad.

De repente empezó a sonar *Shake it off* de Taylor Swift y una vibración de móvil, todo a la vez.

Me sobresalté hasta que me di cuenta de que no era ninguno de nuestros móviles el que estaba sonando.

Era un móvil en alguna otra parte del despacho.

—¿Es tu móvil? —preguntó Tim, sin aliento.

Después de haber estado unos segundos sonando, paró de repente.

Matthew siguió maniobrando con su teléfono, y el sonido de un mensaje llegando a un móvil volvió a sonar por encima de nuestras cabezas.

—Déjame que mire, igual es importante... —dijo la voz femenina.

Matthew levantó la vista de su teléfono y me miró, sonriendo.

No entendía nada.

Unos segundos después, la chica dijo:

—*Hum*, tengo que volver a la fiesta... una de mis amigas me está buscando, eh...

—¿Estás de broma?

—...además creo que he oído un ruido —siguió diciendo la chica—. No quiero que nos encuentren aquí, la verdad. No creo que sea bueno para mi reputación. Si no te importa.

Tim murmuró algo, no sé el qué, pero no creo que fuese nada agradable. Oímos ruido de ropa al colocarse y menos de un minuto después, el sonido de la puerta del despacho al abrirse y cerrarse.

En aquel momento, el sonido de la puerta al cerrarse me pareció el más hermoso que había oído en mi vida.

Después de eso, nada.

Nos quedamos un rato en silencio, mirándonos.

CUATRO

No podía creerme que por fin estuviésemos solos. Decidí esperar un poco, para asegurarme también de que nadie volvía a entrar.

“¿Se han ido?” vocalicé en la dirección de Matthew.

Asintió con la cabeza, pero por si acaso se asomó por un lado del escritorio.

—Se han ido —dijo por fin.

—No quiero salir— le dije a Matthew, con los ojos muy abiertos—. De debajo de este escritorio. Nunca.

—¿Tienes la llave?

Cogí el bolso, que menos mal que lo había dejado en el suelo, al lado de la silla, y saqué la llave del despacho.

Matthew se desdobló con cuidado y salió de debajo del escritorio, no sin dificultad.

No llevábamos mucho tiempo allí metidos, todo había sucedido en menos de diez minutos, pero él era el más alto de los dos. Yo me había hecho una bola, sentándome en el suelo con las rodillas pegadas al pecho, y más o menos estaba cómoda. Mi trauma era más bien psicológico, no físico.

Escuché la llave darse la vuelta en la cerradura.

Cerré los ojos, aliviada. Por lo menos no iba a entrar nadie más.

MATTHEW

CERRÉ LA PUERTA DEL DESPACHO, respiré hondo e intenté calmarme antes de volver a donde estaba Fiona.

No lo conseguí.

Mi jefa. Es mi jefa, mi jefa, mi jefa, mi jefa, me repetí sin éxito.

Llevaba casi un año trabajando para ella —casi desde que su divorcio se

había hecho efectivo— y desde el primer día había tenido que contenerme para no ponerle las manos encima.

Bueno, no literalmente, por supuesto: digamos que tenía que contenerme para no babear delante de ella, para no ponerme de rodillas y suplicarle que por favor, por favor me sacase de mi miseria y viniese conmigo a algún lugar oscuro, y...

Basta.

Me estaba volviendo loco: lo bien que olía (le había olido el pelo unas cuantas veces sin que ella se diese cuenta, al inclinarme para señalarle algo en el ordenador), sus caderas y su culo dentro de aquellas faldas de tubo ajustadas... las piernas, los zapatos supersexys que solía llevar, y que no podía dejar de imaginarme clavados en mi espalda, mientras...

Tranquilízate, tío.

Ya, claro. Como si fuera tan fácil.

Estaba siendo un suplicio de año. Era una tortura diaria. Había contemplado incluso la posibilidad de dejar el trabajo, porque me costaba un mundo concentrarme.

Era joven, no tenía ataduras y físicamente no estaba mal, tampoco. Procuraba cuidarme, ir al gimnasio; me hacía falta de todas formas, para desentumecerme, después de estar todo el día encerrado en la oficina. Tenía una vida sexual sana y frecuente, pero no podía evitar imaginarme a Fiona debajo de mí cuando estaba con otra mujer. Y la cantidad de veces que había tenido que salir al baño casi corriendo a ocuparme de mi pequeño “problema” mientras pensaba en su pelo oscuro enredado en mis manos, sus labios pintados de rojo, la blusa blanca debajo del traje ligeramente abierta...

Dios, vivía en un estado de constante empalmamiento. Me sentía como si tuviese quince años.

Y lo peor de todo, lo peor, es que sabía que a ella también le afectaba. Que para ella tampoco era muy distinto. Sabía que había cierta atracción, había pillado un par de miradas perdidas, aunque lo llevaba mucho mejor que yo, la verdad. Había atracción también por su parte, de eso estaba (casi) seguro. Lo que no sabía era cuánta.

Quizás había llegado el momento de averiguarlo.

O de morir en el intento.

Total, ¿qué podía perder? Si seguía así, iba a tener que dejar el trabajo de todas formas...

Volví a meterme bajo el escritorio, con Fiona.

Dios, me volvía loco su perfume... oscuro, potente, como una mezcla de flores y noche de verano.

FIONA

PARA MI SORPRESA, Matthew volvió a meterse debajo de escritorio.

—¿Estás bien? —preguntó.

Suspiré.

—Voy a tener que lavarme el cerebro con lejía

Levantó una de las comisuras de su boca ligeramente hacia arriba.

Fruncí el ceño.

—¿Qué acaba de pasar, exactamente? ¿Has hecho algo para que se fueran?

—Le he mandado un mensaje al móvil a Katty.

Hum. Supuse que Katty era la chica magreada por Tim la Comadreja.

—¿La conoces?

—Es una de las recepcionistas.

Ya me parecía que me sonaba la voz: era una de las chicas que trabajaban en el vestíbulo del edificio, detrás de un mostrador, que cogían citas y dirigían a los visitantes y clientes a la planta correspondiente.

—¿Y tienes su número de teléfono?

Sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué le has puesto en el mensaje?

—Que estaba en la fiesta, que la estaba buscando y que si quería tomar algo...

Abrí la boca en forma de O.

—¿Y cuando llegue y no te vea, qué?

Volvió a encogerse de hombros.

—Por lo menos se han ido. Lo importante era sacarlos de aquí.

Eso era verdad.

—Déjame que rebobine un poco —levanté la mano, la palma hacia él—: la chica estaba tonteando, por decirlo de alguna manera un poco suave y que no me den arcadas, con Tim la Comadreja, ¿y de repente le llega un mensaje tuyo y sale corriendo?

Matthew sonrió de nuevo con su sonrisa ladeada. Ya era atractivo por defecto, pero cuando sonreía de aquella manera se convertía directamente en comestible.

—Prioridades, supongo.

Volví a fruncir el ceño.

—Relájate —dijo—, no hemos intercambiado fluidos ni nada de eso. Solo tenía su teléfono.

Le miré un par de segundos.

—No es asunto mío, Matthew, con quien hayas intercambiado qué. Y estoy relajada —dije, en un tono de voz tenso que indicaba exactamente lo contrario.

Sonrió y se acercó un poco a mí, pero un poco era suficiente en aquel espacio tan reducido...

Estaba, definitivamente, demasiado cerca.

Tenía que salir de allí.

—He visto cómo me miras —dijo Matthew de repente.

Tragué saliva. ¿Tan obvia era? Había intentado disimular, pero llevaba tanto tiempo en dique seco que a lo mejor yo pensaba que estaba siendo discreta, y resulta que le había estado mirando todos aquellos meses con la lengua fuera, o algo así.

Decidí pasar al ataque y me puse a la defensiva. Por si acaso.

—Bueno, no estoy ciega. Y supongo que en casa tienes un espejo de cuerpo entero y tú tampoco estás ciego, ¿no?

La sonrisa se le hizo más ancha, con aquella dentadura de maravillosos dientes perfectos, como si aquello le estuviese divirtiendo muchísimo.

—No —dijo por fin—, no estoy ciego.

Acercó aún más su cara a la mía.

Uh-oh.

CINCO

Se inclinó sobre mí, sus labios a un centímetro de los míos. Le puse una mano en el pecho para pararle.

—Oh, no. *No no no*.

Intenté salir de debajo del escritorio.

Matthew me cogió de la mano.

—¿Adónde vas?

Tiró de mi mano y volví a mi sitio original, sentada debajo del escritorio.

—Adonde pueda recuperar la cordura. Esto es una mala idea, Matthew. Una muy, muy muy mala idea. Una idea muy mala —repetí, por si acaso no había quedado claro.

—Matt.

—¿Qué?

—Mis amigos y la gente que me conoce me llaman Matt.

Ni de coña iba a empezar a llamarle Matt, lo que me faltaba.

—*Matthew* —dije, poniendo énfasis en el nombre—. Esto no va a pasar. Es mala idea. Una muy mala idea.

Si lo repetía muchas veces, en voz alta, igual empezaba a creérmelo.

—¿Por qué no? Yo creo que es *muy buena* idea.

—¿Cuántas razones quieres? —dije, exasperada—. Para empezar, eres mi subordinado.

—Me gusta cómo suena—. Sonrió, divertido.

Puse los ojos en blanco.

—Céntrate, Matthew. Ya sabes lo que quiero decir. ¡Soy tu jefa!

—Puedo pedir el traslado de departamento.

Me entró el pánico.

—¡No! ¡Eres el mejor secretario que hay! ¡Y eres mío!

Entrecerró los ojos.

—¿Secretario?

Parecía que había dejado pasar la parte de “eres mío”, menos mal.

—Ayudante. Me da igual. ¿Qué pone en tu contrato?

—Adjunto a la dirección de departamento.

—Bueno, pues eso: eres el mejor *adjunto a la dirección de departamento* que he tenido. No puedes trasladarte, no no y no.

—También puedo renunciar...

Apoyé la cabeza entre las manos.

—No vas a renunciar.

—¿Entonces cuál es la solución?

Levanté la cabeza. Le observé con atención: allí, tan cerca, debajo de la mesa, los ojos verdes a medio cerrar, el pelo negro revuelto, más guapo que nunca...

Suspiré. En fin. Era una pena, pero era lo que había.

—La solución es salir de debajo de esta mesa, de mi despacho y dejar un espacio de un metro mínimo entre nosotros a partir de ahora.

Tardó un par de segundos en responder, mientras yo aguantaba la respiración, aunque ni me había dado cuenta.

—Eso no va a pasar, Fiona.

No era solo que era su jefa. Era suficiente para que aquello no fuese una buena idea, pero no era el único obstáculo.

Había otro problema. O al menos era un problema para mí.

—Matthew... —dije por fin—. tienes 27 años. Yo tengo 36.

Me miró sorprendido.

—¿Y qué importancia tiene eso? Si fuese al revés, ni siquiera estaríamos hablando de ello. Además —sonrió lentamente—, piensa en las ventajas. ¿Cuántos años tenía tu exmarido?

—*Tiene*, que no está muerto... —fruncí el ceño, porque no veía dónde quería ir a parar—. Cuarenta y dos.

Empezó a soltarme el pelo, que llevaba recogido en un moño informal, dejando las horquillas cuidadosamente sobre el escritorio.

—Piensa en la diferencia de... aguante.

Me faltó el aire, de repente.

¿Aguante? Si solo fuera eso... por el tiempo que llevaba escrutando a Matthew, que era más o menos el mismo tiempo que llevaba trabajando para mí, debajo de la ropa se adivinaba un cuerpo estupendo. Por lo menos el culo que le hacían los pantalones era espectacular. Luego, era guapísimo, con

aquellos ojos verdes, y el pelo negro un poco ondulado que a veces le caía sobre la frente... lo que mi exmarido no había sido nunca, ni siquiera cuando nos casamos. Ahora estaba peor todavía, con la edad le había salido barriga y había perdido pelo. A mí me daba igual, pero manda narices que encima era él quien me había engañado y me había abandonado a mí.

Eso por no hablar de nuestra vida sexual, que siempre había sido un poco lamentable. No es que no aguantase mucho, es que ni siquiera daba en la diana, por decirlo de alguna manera fina, ni la cuarta parte de las veces. Ni el 10%, siendo sincera. Aparte de mi sequía, que estaba batiendo todos mis récords, ni siquiera recordaba la última vez que había tenido un orgasmo que no me hubiese tenido que proporcionar a mí misma.

—¿Estás conmigo?

Matthew me sacó de mis pensamientos. Había terminado con mis horquillas y el pelo me cayó sobre los hombros, los rizos desordenados.

Suspiré. Estaba empezando a flaquear, y creo que lo notó.

Deslizó la yema de su dedo índice por mi escote.

Sentí su tacto como si me estuviese tocando con un hierro candente. El tiempo se detuvo, como si aquello no estuviese pasando de verdad, como si fuese un sueño.

Tragué saliva, incapaz de hacer nada, de moverme, por si el momento se rompía.

Quizás, solo una vez...

Estaba flaqueando, notaba cómo mi voluntad se doblegaba, y no parecía que pudiese hacer nada por evitarlo.

Me desabrochó dos botones de la blusa.

Empecé a respirar con dificultad, el pecho subiendo y bajando, intentando coger aire sin conseguirlo.

—También podríamos...—. Me apartó la copa de encaje del sujetador y pasó la yema del pulgar por mi pezón, una y otra vez—. Mantenerlo en secreto.

Empecé a volverme líquida. Entreabrí los labios. El pezón se me endureció enseguida, traicionándome. Estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo, en la reacción de mi cuerpo, que no tuve espíritu para contradecirle.

Madre de dios, iba a acabar en el paro. Despedida. Por abuso de poder, o algo por el estilo.

Se inclinó sobre mí y le dio un mordisco suave al lóbulo de mi oreja.

Cerré los ojos un instante.

Bueno, si me despedían siempre podía encontrar otro trabajo...

—Matthew... —dije, en un susurro.

Metió una mano bajo mi falda, y empezó a avanzar hacia el norte.

—Es Matt —dijo desde mi cuello, donde estaba trazando círculos con la lengua.

—Me gusta Matthew —dije, con un hilo de voz.

Las excusas —válidas, por otra parte— empezaron a nublarse en mi mente.

Se separó un poco para poder mirarme a la cara.

—¿Qué?

Tenía la mano izquierda apoyada en mi nuca, la derecha debajo de mi falda, acariciándome el muslo.

No me acordaba de lo que le iba a decir.

Estaba muy cerca y olía muy bien, a aftershave, a menta...

—Tengo condiciones.

—Dispara.

—Esto no puede repetirse, ¿está claro? —dije, intentando ponerme seria, pero creo que no lo conseguí, porque mi voz sonó entrecortada, como si el aire no me llegase a los pulmones. Como si fuese a desmayarme de un momento a otro.

Su sonrisa se hizo más amplia, acercó sus labios a los míos y me besó.

SEIS

Empecé a oír campanitas y violines, como en las películas. Y el latido de mi corazón, desbocado, como si fuese una bomba a punto de estallar.

Gemí cuando me metió la lengua en la boca, empecé a luchar con la mía, y fue cuando perdí el control. O mejor dicho, lo perdimos.

No había vuelta atrás.

Bueno. De perdidos, al río.

Salimos medio a gatas de debajo del escritorio, pero nos quedamos en el suelo, sobre la moqueta.

Matthew apartó la silla del ordenador con la mano, para tener más sitio.

Seguí besándole como si me fuera la vida en ello y me lancé sobre él con tanto ímpetu que le tumbé en la moqueta.

Sonrió debajo de mi boca.

Matthew puso sus manos encima de mi culo y presionó hacia abajo, haciendo que notara su erección en mi estómago.

Oh dios sí. No pude evitar sonreír mientras seguíamos besándonos, hambrientos, ante la promesa de lo que sugería el bulto de sus pantalones.

Bajó las manos y las metió por debajo de mi falda, sobre mis nalgas desnudas, por debajo de mis braguitas de encaje.

Hizo un *mmmm* en el fondo de la garganta.

—No sabes el tiempo que llevaba queriendo hacer esto... me vuelven locos tus trajes.

No tuve más remedio que sonreír. Los trajes de chaqueta que solía llevar al trabajo eran lo más soso que una se podía echar a la cara. Eso sí, intentaba compensarlo con los zapatos y la lencería. Aunque la lencería no la veía nadie, era para mí, evidentemente.

Hasta ese momento.

—Tienes un problema.

Volvió a cogerme de las nalgas y me colocó de forma que su erección quedó justo entre mis piernas, presionando contra mi sexo húmedo.

—*Tenemos* un problema... —dijo, restregándose contra él.

Ojalá todos los problemas fueran como ese... Me mordí el labio para no gemir y parecer muy desesperada. Que lo estaba.

Bajé los labios por su mandíbula, su cuello... empecé a desabrocharle la camisa mientras me incorporaba un poco y le miraba a los ojos.

Sacó las manos de debajo de mi falda —una lástima— para hacer lo mismo con los botones de mi blusa.

Mi sujetador de encaje violeta —era impresionante, las bragas de encaje iban a juego— quedó al descubierto. Matthew se quedó mirándolo hipnotizado, con los ojos verdes oscurecidos por el deseo.

Acabé con los botones de su camisa y su pecho quedó al descubierto; los pectorales duros y los abdominales bien definidos. *Mmmm...* no podía esperar a saborearlo, y eso fue lo que hice: le separé la camisa y me lancé a acariciar y besar su pecho.

—¿Tienes tiempo de ir al gimnasio? —dije, mientras pasaba los labios y la lengua por todos aquellos músculos—. ¿Cuándo?

Lamí y mordisqueé los pezones, siguiendo mi camino por los abdominales y más abajo... Matthew hizo un ruido, como un gruñido en el fondo de la garganta.

—Cuando no me tienes esclavizado —dijo por fin.

Llegué con mi lengua a la cinturilla de su pantalón. Le quité el cinturón con movimientos lentos y deliberados, mientras le miraba a los ojos y sonreía.

—No me lo pongas tan fácil, Matthew.

—¿Fácil? —soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás—. No hay nada fácil contigo, Fiona. Llevo casi un año intentando que te fijas en mí...

—Oh, me he fijado, no te preocupes —le abrí la cremallera de los pantalones, y dejó escapar una risa ahogada. Le bajé los pantalones y los calzoncillos negros hasta los muslos, y la erección, liberada por fin, salió y rebotó en su estómago—. Y a partir de ahora me voy a fijar más...

No podía apartar los ojos de su polla. Era grande, ancha, perfecta. Me quedé un poco paralizada, sin poder quitarle la vista de encima...

Solo imaginarme *todo aquello* dentro de mí empecé a humedecerme más todavía, si era posible.

Era grande, era ancha y era mía, así que aproveché y bajé la cabeza. Pasé

la lengua por la parte inferior, recorriendo toda la largura desde la base hasta la punta.

—Joder joder, *joder*... —me agarró del pelo, casi involuntariamente. Volví a lamer de nuevo el exterior, varias veces, y levanté la vista.

—¿Quién es el jefe ahora? —dijo, con la voz ahogada, los párpados entrecerrados, aquellos ojos verdes maravillosos y el pelo revuelto de haberle pasado los dedos por él.

Le miré, pasándome la lengua por los labios.

—Yo —dije, y me lo metí en la boca.

Sabía que no iba a caber, desde el principio, desde que se había restregado contra mí con los pantalones puestos. Tuve que cerrar la mano en la base, y moverla arriba y abajo mientras intentaba meterme el máximo de su polla en la boca.

Y succioné.

Matthew separó más las piernas, levantó la espalda del suelo como un resorte y empezó a gruñir y jadear.

—Aaaaaaah joder... eso es, chupa, chúpamela... Dios, eres buenísima...

Sonreí sin sacarle de mi boca. Lo sabía.

No podía metérmelo entero en la boca, era imposible, y solo eso me excitó muchísimo. Empecé a frotarme los muslos uno contra otro, casi sin darme cuenta.

—Ven aquí —dijo Matthew, con voz estrangulada.

—¿Qué?—. Miré hacia arriba, los párpados entrecerrados, medio ida.

Matthew hizo un círculo con el dedo.

—Date la vuelta.

Supe lo que quería hacer, y en ese momento mi sexo se puso a palpar. No había hecho nada tan erótico en... *nunca*.

Me di la vuelta, con la ayuda de Matthew, hasta que acabé con su cara entre las piernas. Tenía su erección delante de mí otra vez, esta vez del revés, y empecé a lamer de nuevo, mientras le masajeaba las bolas.

Matthew empezó a acariciarme los muslos, las nalgas. Deslizó mis braguitas de encaje hacia abajo, hasta que quedaron a la altura de mis muslos, y entonces me acercó a su boca. Acabé prácticamente sentada encima de su cara.

Sentí su aliento en mi entrepierna caliente.

—Estás empapada...

Y entonces empezó a lamer... aunque lamer no era del todo correcto:

empezó a follarme con su lengua, sujetándome por las caderas, como si estuviera hambriento.

Cerré los ojos con fuerza, el placer asaltándome en oleadas.

Metió un dedo largo, luego dos, dentro de mí.

Pasó la lengua por mi clítoris, unas cuantas veces, hasta que se lo metió en la boca y succionó.

Eché la cabeza hacia atrás y grité de placer.

—¡Matthew!

Apartó su lengua pero no dejó de meter y sacar los dedos.

—Fiona... no pares, no pares, por favor.... Métetela en la boca. *Aaaah*, eso es...

Eso fue lo que hice, intentando relajar la garganta para que entrase más adentro, mientras gemía desesperadamente, las vibraciones reverberando en la polla de Matthew.

Sacó los dedos y metió la lengua de nuevo en mi coño. Empezó a moverla rítmicamente, dentro, fuera y en círculos...

Dios, ¿qué me estaba haciendo?

—Matthew, Matthew—. No podía respirar, no podía pensar—. Me voy a correr...

—De eso se trata.

Empezó a subir y bajar sus caderas, mientras seguía el asalto con su lengua, con un ritmo salvaje que no me dejaba tregua. Se me nubló la vista y el sentido. Me hormigueaban las piernas y sentí el orgasmo acercarse, cada vez más cerca...

No podía más. Me corrí con su sexo duro y caliente en mi boca, el sabor a sal en la punta de mi lengua, gimiendo mientras movía la cabeza arriba y abajo, desesperada, y cuando pensé que iba a correrse él también salió rápidamente de debajo de mí.

Me quedé a cuatro patas sobre la moqueta, intentando recuperarme, sin aliento, cuando noté a Matthew detrás de mí.

Me acarició las nalgas y terminó de quitarme mis braguitas de encaje, que se me habían quedado atascadas en las rodillas.

Se inclinó sobre mi espalda y me susurró al oído:

—No quiero correrme en tu boca, quiero correrme en tu coño.

Había oído el envoltorio del preservativo al abrirse pero mi cerebro no lo había registrado, todavía me estaba recuperando del orgasmo. Me subió la falda hasta la cintura, y sin avisar me penetró con su polla enorme, hasta el

fondo, de un solo golpe.

Estaba húmeda y resbaladiza, del orgasmo y de su lengua, pero eso no impidió que echase la cabeza hacia atrás y gritase ante la invasión.

Me puso la mano en la boca.

—*Sssshhh* —me dijo, acercando sus labios a mi oído— nos van a oír.

Me dio un pequeño mordisquito en el lóbulo de la oreja, mientras salía casi del todo y volvía a entrar.

Llena, estaba totalmente llena. Más de lo que lo había estado nunca. Era en lo único que podía pensar. Llena con su polla dura, caliente y enorme, que llegaba a todos los rincones, rozándome en sitios dentro de mí que ni siquiera sabía que existían. Abrí más las piernas para que entrase más adentro.

Embistió, una y otra vez, sin parar ni un instante, sin darme tregua, sin darme tiempo a recuperar el aliento, llenándome cada vez más.

Tenía la piel en llamas. Noté acercarse un segundo orgasmo, más grande que el anterior, más intenso del que nunca había sentido, que amenazaba con barrerme.

Entonces bajó la mano y empezó a hacer círculos con dos dedos en mi clítoris.

Empecé a gemir descontroladamente y Matt volvió a taparme la boca con la mano.

—Nos van a oír... —dijo, inclinándose, en mi oído, con la voz ronca del placer.

La verdad, en aquel momento me daba igual que nos oyesen o no. Me daba igual todo.

—Y no queremos que nos oigan, ¿verdad? —puntuó con un empujón—. No queremos que nadie sepa que te estoy follando en el suelo de tu despacho, que te la estoy metiendo hasta dentro, muy adentro... eso es, abre bien las piernas... *ah*, joder, sí...

Acompañaba cada frase con una embestida, cada vez más deprisa, cada vez más fuerte. Me estaba volviendo loca, estaba tan ida que estuve a punto de morderle la mano. Cuando sus embestidas se hicieron más potentes mis gemidos se convirtieron en gritos, y tuvo que hacer fuerza con la mano en mi boca.

—No sabes el tiempo que llevo queriendo hacer esto... levantarte la falda y darte por detrás... ver tu culo moverse mientras te follo...

Sentí su sexo grande dentro de mí, ensanchándome, las yemas de sus dedos clavándose en mis caderas.

—Oh dios... sí, así, Matthew... Matthew... más, dame más...

Me agarré con las uñas a la moqueta. Empecé a correrme con un orgasmo tan largo que parecía que no iba a acabar nunca, me temblaban las piernas y no podía parar. Me quedé sin fuerzas para sujetarme, apoyé los brazos en el suelo y la cabeza en ellos mientras Matt seguía embistiendo, gruñendo detrás de mí, levantando mis caderas para entrar más profundamente.

Matthew no paró ni un instante, prolongando el placer hasta que se hizo casi insoportable. Estaba a punto de desmayarme y casi se me saltaron las lágrimas.

—Tócate, Fiona —dijo, sin dejar de empujar—. Quiero que te corras otra vez.

Seguía gruñendo detrás de mí, mientras me cogía de las caderas y empujaba.

—Es imposible —dije, exhausta—. Matthew, no puedo más, no puedo... Oh *dios*—. Las embestidas eran cada vez más fuertes, y estaba todavía excitada, sensible de los dos orgasmos, así que probé a tocarme como Matt me había ordenado.

Empecé a frotarme el clítoris y la zona por donde estábamos unidos.

Esta vez fue mi propia mano la que mordí para no gritar.

—Ah, joder, sí, sí, sí... —susurró Matt, y me di cuenta de que él también estaba haciendo esfuerzos para no ser escandaloso.

Pensé que ya no podía tener otro orgasmo, pero entre la polla de Matt ensanchándose y rozando todos los rincones dentro de mí, lo erótico de la postura y de la situación y mi propia estimulación, empecé de nuevo a temblar y gritar.

Perdí el sentido, quién era, dónde estaba, cuál había sido mi vida hasta entonces. No sabía lo que decía, lo que hacía.

—Ah joder sí, eso es, fóllame fuerte, dame bien, aaaaaah, ¡Matthew!

Ya no podía hablar, estaba ida, solo podía gritar en la palma de su mano, jadear como un animal salvaje... a eso me había reducido, mientras me daba por detrás, una y otra vez...

Estaba encima de mí, su pecho contra mi espalda, prácticamente montándose.

Las yemas de sus dedos clavadas en mis caderas mientras empujaba, casi brutalmente.

—Ah, joder joder... ¡Fiona! —dijo, y me penetró unas cuantas veces más hasta que se quedó clavado dentro de mí y emitió un gemido largo y alto.

SIETE

Estaba tirada boca abajo en la moqueta a los pies de mi escritorio, la falda subida hasta la cintura, mis bragas a un lado, sin poder moverme.

Intenté mover los dedos de los pies y no lo conseguí.

Matthew estaba tumbado a mi lado. Había terminado encima de mí, pero se había movido ligeramente para no aplastarme con su peso.

Estaba rozándome las nalgas con las yemas de los dedos, distraído.

Dios, había tenido tres orgasmos —¡tres!— hacía dos milisegundos, y solo de pensar en lo que acabábamos de hacer me daban ganas de atacar a Matthew de nuevo...

Aunque para eso tendría que moverme, y lo veía un poco imposible.

—¿Estás bien? —preguntó—. Me he dejado llevar un poco por el momento...

Giré la cabeza para mirarle. Tenía los ojos entrecerrados, como si acabase de despertarse, y una expresión de satisfacción absoluta en la cara. Como el gato que se comió al canario.

No pude evitar sonreír.

—Estoy de maravilla —dije, aunque no hacía falta, porque me imaginé que la expresión de mi cara era la misma que la suya—. Aunque no puedo moverme...

—Una cosa.

—Dime.

—Cuando has dicho antes que esto no podía repetirse...

Me puse tensa de repente. Matthew lo notó, porque sus dedos se detuvieron de repente sobre mis nalgas.

Vale, había dicho eso, pero... ¿no podía retirarlo? Lo había dicho *antes*. Antes de saber lo que me estaba perdiendo.

Dios, *quería* retirarlo.

Matthew pareció leerme el pensamiento, o quizás mi cara de alarma, porque sonrió.

—¿...de cuántas veces estábamos hablando? —preguntó.

Sonreí de vuelta, aliviada, y aunque apenas podía moverme, con mis últimas fuerzas me lancé sobre él y le besé.

FIN

* * *

Aquí concluye la historia de Fiona y Matt. En breve lanzaré la tercera y última parte de “La Fiesta de San Valentín”, la historia de Bev.

¡No te la pierdas!

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).

Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

Página de Nina Klein en Amazon:

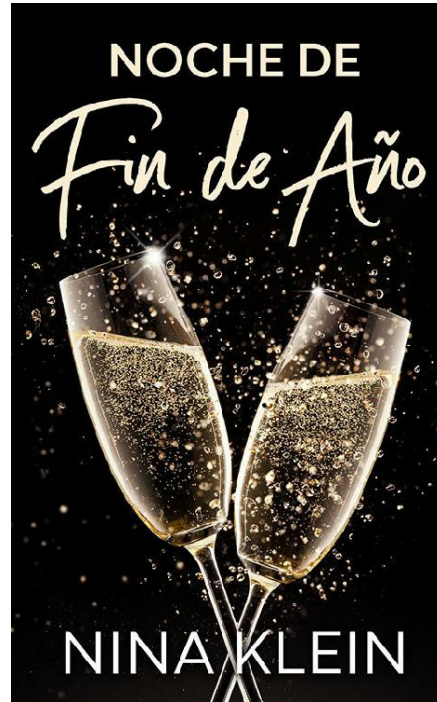
Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Noche de Fin de Año



Laura está dispuesta a terminar el año acampada delante de la televisión, en pijama, tragándose patéticos especiales de Nochevieja. Sus compañeros de piso, Mike y Sharon, no son capaces de convencerla para que les acompañe a la fiesta de año nuevo a la que iban a ir juntos y terminan yéndose sin ella.

Hasta que le llega una notificación de Instagram, la abre y ve una foto de su exnovio con su nuevo amor.

En la misma fiesta a la que ella iba a ir aquella noche.

Así que decide vestirse a toda prisa para presentarse en la fiesta de improviso, justo antes de que den las doce, teniendo solo una cosa en mente: *venganza*.

Sin embargo, la noche no terminará *exactamente* como esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[El Club](#)



Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta le da una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojito de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#)

[Noche de San Valentín](#)

[Game Over](#)

[El Profesor, La Tienda](#) (Dos historias eróticas)

[Alto Voltaje - Volumen 1](#) (Recopilación de historias eróticas)

[El Regalo de Navidad](#)

[Noche de Fin de Año](#)

[Romance en la Oficina](#) (La Fiesta de San Valentín 1)